

HISTORIA GENERAL

Escrita con arreglo al nuevo programa de las escuelas
comunes de la Capital

POR

JOSE MARIA AUBIN

PROFESOR NORMAL

● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ●

GRADO CUARTO



BUENOS AIRES

ANGEL ESTRADA Y CÍA., EDITORES.—BOLÍVAR 466

1897

Tiempos prehistóricos y signos que los revelan

I

1—Se llaman tiempos prehistóricos á los que son anteriores á los hechos que puedan ser comprobados por documentos ú otros datos fehacientes.

La prehistoria es una ciencia nueva: unos pueblos del Norte de *Europa*, los suecos y los dinamarqueses, viendo que sus anales no alcanzaban más allá de mil años, trataron de agrandar el cuadro de su historia.

Sus hombres de ciencia, afanosos por descubrir las fuentes de su nacionalidad, algo que les hablara del pasado de su raza, escudriñaron las orillas y el fondo de los lagos, el interior de las hornagueras, los depósitos de conchilla formados en las playas y los *montículos* artificiales de la tierra.

Allí encontraron, y siguen encontrando todavía, restos de generaciones antiquísimas y huellas de su industria y de su manera de vivir.

Estudiando estas viejas reliquias, pudieron determinar cómo eran los hombres que desde muy antiguo habían habitado su país, y cuáles habían sido sus hábitos, creencias, industria y agricultura, como asimismo sus emigraciones y su comercio.

Los suizos, los alemanes y los franceses primero, y los ingleses después, hicieron en sus países estudios parecidos á los que habían iniciado los sabios del Norte, trayendo cada nacionalidad nuevos datos y haciendo descubrimientos que contribuyeron al progreso y engrandecimiento de la ciencia.

Túmulos, menhires, armas y utensilios de pedernal, osamentas, restos de antiguas ciudades levantadas en los lagos, objetos de cerámica, restos de animales hoy desconocidos ó desaparecidos, todo eso se ha encontrado sepultado por grandes capas de tierra ó pedrisco, ya en las cavernas, ya haciendo excavaciones.

2—Estos objetos, pacientemente estudiados, han demostrado estas dos verdades, generalmente admitidas.

I—Que el hombre es antiquísimo en la tierra, puesto que ha vivido con el mammut y el oso de las cavernas, animales ya extinguidos en los tiempos históricos.

II—Que los hombres han vivido en sus orígenes en estado salvaje, y que poco á poco y paulatina-



1.



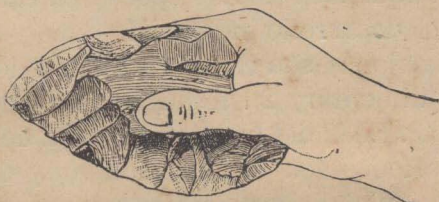
2.



3.



4.



5.



6.



7.



8.

Instrumentos de piedra.—Núm. 1, 2, 3 y 4, hachas de pedernal.—5, Pedazo de pedernal usado como cuchillo.—6 Punta de lanza.—7, Idem más trabajada.—8, Garfio de piedra, usado para atraer y sujetar.

mente consiguieron, tras largos y prolongados esfuerzos, elevarse á la vida civilizada.

3—Como era poco menos que imposible determinar el tiempo que había mediado entre el instante en que estos descubrimientos fueron hechos, y aquel en que habían vivido los hombres y animales cuyos restos se acababan de encontrar, se dividieron aquellas remotas épocas en edades basadas en el desarrollo industrial.

Estas divisiones son cuatro: 1º. Edad de la piedra sin pulimentar; 2º. Edad de la piedra pulimentada; 3º. Edad del bronce; 4º. Edad del hierro.

Estos períodos son de duración muy desigual: la primera edad de la piedra es seguro que duró cien veces más que la del hierro.

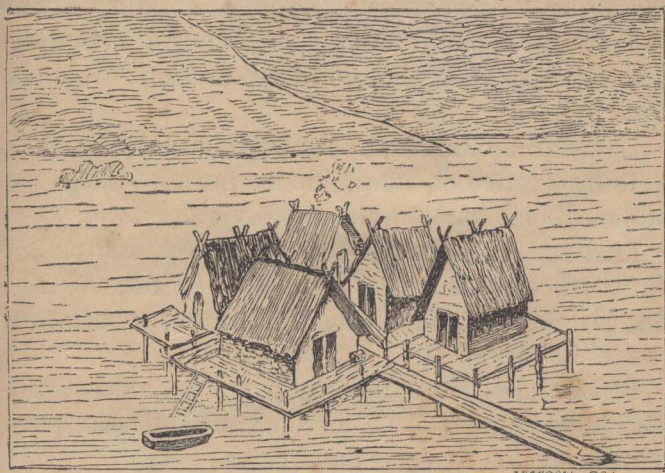
La edad de piedra sin pulimento comprende los tiempos durante los cuales los hombres no usaron más instrumentos que los que pudieron fabricarse con las hojas de pedernal obtenidas por percusión; durante ella los hombres vivieron en las cavernas y conocieron el *mammut*, especie de elefante de grandes proporciones, de cuero lanudo y colmillos retorcidos, el oso de las cavernas, el reno y el rinoceronte.

Pertenecen á esta época la mayor parte de los monumentos *megalíticos* (1).

(1) Esta palabra significa piedras grandes. Los principales monumentos de esta especie son los *menhires* ó piedras fijadas en el suelo, los *cromlechs* ó círculos formados por pequeños *menhires* y los *túmulos* ó mesas de piedra.

La edad de piedra pulimentada no es más que una división ó prolongación de la anterior.

Los hombres que vivieron durante ella no conocieron el mammut, el oso de las cavernas ni el rinoceronte; pero sí el alce y el reno.



Ciudad lacustre.

Usaban hachas y cuchillos de pedernal pulimentado; domesticaron y criaron en rebaños, al buey, la cabra y el carnero; hacían tejidos, aunque muy groseros, y cultivaron el trigo con el que fabricaban, una vez molido, tortas sin levadura que usaron como pan.

Con los huesos de los animales que sacrifica-

ban hicieron agujas, peines, cuchillos, mangos de espada, bastones y mil otros objetos, muchos de ellos adornados con dibujos representando generalmente el *reno*, el *oso* y el *mammut*. Estos grabados se obtenían por medio de buriles de pedernal.

También son de esta época las ciudades lacustres, que consistían en grupos de cabañas levantadas sobre plataformas de madera, sostenidas por fuertes pilotes, clavados en el fondo de los lagos.

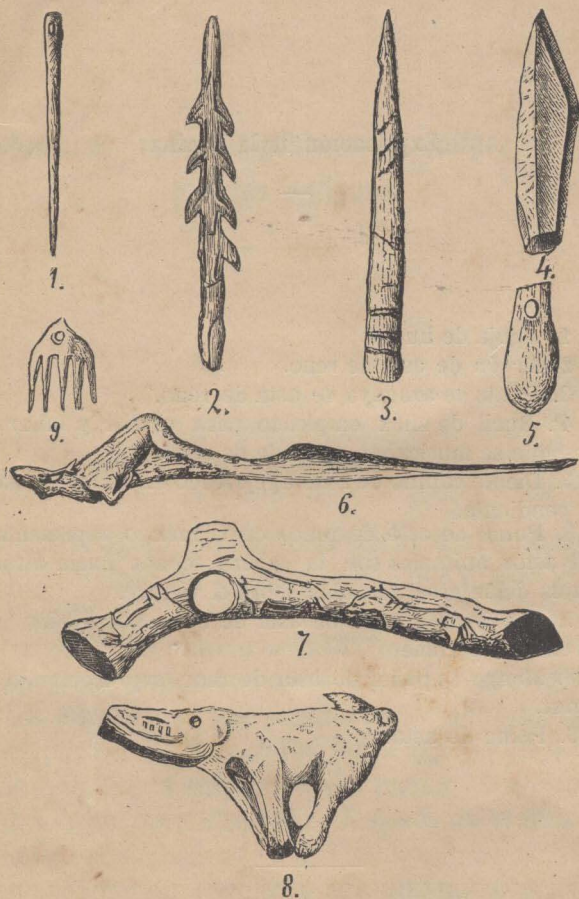
Las habitaciones así construídas facilitaban la defensa contra el ataque de las fieras ó las agresiones de las tribus nómades ó viajeras.

La edad del bronce comprende el tiempo durante el cual las armas de piedra fueron sustituidas por las de una aleación de cobre y estaño ó sea el bronce.

La edad de hierro no es en rigor del todo prehistórica, puesto que se ha desarrollado en parte dentro de los tiempos históricos.

Los primitivos instrumentos de hierro, á pesar de ser posteriores á los de bronce, presentan un aspecto más destruído que éstos, lo que se debe á la herrumbre, que destruye mucho más á los primeros que á los segundos.





Instrumentos de hueso y asta.

Explicación de la lámina

Nº. 1. Aguja de hueso.

Nº. 2. Arpón de asta de reno.

Nº. 3. Punta de azagaya de asta de reno.

Nº. 4º. Buril de sílex empleado para grabar y tallar los objetos que se fabricaban con asta de reno.

Nº. 5. Diente canino de reno agujereado en su raíz y usado como pendiente.

Nº. 6. Puñal de asta de reno, cuyo mango representa á uno de estos animales con la cabeza echada hacia atrás y las patas delanteras dobladas sobre el vientre.

Nº. 7. Bastón de mando de asta de reno, con varios grabados en la superficie.

Nº. 8. Mango de puñal de asta de reno, representando un mammut.

Nº. 9. Peine de asta.

Costumbres, religión, gobierno y cultura de los pueblos antiguos.

I

EL EGIPTO

1—La religión fué la base de la sociedad egipcia; todo cuanto de aquel pueblo nos queda lo demuestra así ⁽¹⁾.

Al rey le atribuían origen divino; los monumentos en cuya construcción se esmeraron más fueron los templos y los sepulcros, y la constante preocupación de todos los egipcios, poderosos ó humildes, fué siempre la de prepararse convenientemente para alcanzar, después de la muerte, la vida eterna.

Reverenciaban mucho á los ancianos, y tribu-

(1) Un historiador moderno nos dice que en Egipto se vivía entre templos y tumbas; y sólo restos de tumbas y templos nos quedan de la obra de aquel pueblo.

taban grandes y piadosos homenajes á los muertos.

Creían que á las almas buenas, después de ser juzgadas por los 42 jueces, les eran exigidas una multitud de pruebas que debían realizar antes de confundirse con los dioses; y á fin de que pudieran, al sentirse fatigadas, reentrar en sus cuerpos para tomar descanso, los embalsamaban para evitar su corrupción.

Esta operación se efectuaba del modo siguiente:

Unos hombres llamados *parasquitas* abrían el cuerpo y extraían las entrañas. Terminada su tarea empezaban la suya los embalsamadores, que llenaban el pecho, el vientre y la cabeza con mirra, canela y otras substancias aromáticas, después de cuya operación hacían desecar el cadáver en una estufa.

Una vez preparado de este modo, se le envolvía con unas cintas muy estrechas de algodón, empapadas en una substancia gomosa que se endurecía rápidamente, preservándolo del contacto del aire.

Lista ya la momia, era encerrada en un ataúd que tenía exteriormente la misma forma que el muerto, y se la depositaba con mucho aparato en los *hipogeos* ó catacumbas.

Los *hipogeos* eran grandes excavaciones hechas en la roca, y se componían de una hilera de co-

rededores que conducían á las salas en que se guardaban los difuntos.

Estas salas estaban sostenidas por grandes pilares de cuatro ó cinco metros de altura. Paredes, techo y pilares estaban cubiertos de pinturas representando casi siempre escenas históricas ó devotas.

Las catacumbas de los reyes eran de una gran magnificencia, y en ellas se han encontrado sepulcros de extraordinaria riqueza y mérito artístico.

Al morir un egipcio, era sometido á un juicio público, al cual nadie escapaba, ni aun el mismo rey.

Cuando la momia estaba lista para ser sepultada, era conducida á presencia de los jueces, á cuyo alrededor se agrupaba el pueblo entero, teniendo todos los presentes el derecho de examinar la vida y los hechos del difunto.

Si se probaba que su conducta había sido mala, los jueces le privaban de sepultura legal; si no había quien le acusase, los parientes se quitaban el luto, hacían el elogio del extinto, y elevaban preces á los dioses para que lo admitieran en la mansión de los hombres justos.

Al que se permitía acusar á un muerto, injustamente, le castigaba la ley imponiéndole una fuerte multa.

Eran los egipcios supersticiosos en extremo.

Creían en la existencia de palabras mágicas para retardar la muerte y conservar la juventud y la fuerza: usaban amuletos para protegerse contra las desgracias y los animales peligrosos, y tenían fórmulas para alejar los malos sueños y procurárselos deliciosos.

Como los judíos, no comían la carne del cerdo, y entre las mujeres era prueba de elegancia y distinción teñirse las uñas de encarnado.

2—El gobierno en Egipto fué siempre *teocrático* ⁽¹⁾ y por lo tanto absoluto.

Cuando un rey ascendía al trono se transformaba á los ojos de sus vasallos en una divinidad encargada de hacer la dicha de su pueblo.

Guerreros, señores de la corte, artistas, agricultores le obedecían ciegamente; de todos era dueño, sin que hubiera una sola voluntad que se atreviese á oponerse á la suya.

Solamente los sacerdotes, valiéndose de su altísima cultura y del prestigio que á su clase prestaba el pueblo, profundamente religioso, equilibraban este poder inmenso.

El Faraón debía concurrir todas las mañanas al templo para recibir la enseñanza del gran sacerdote, que le explicaba minuciosamente los debe-

(1) Se llamaban gobiernos teocráticos á todos aquellos cuyos jefes eran mirados como representantes de Dios mismo. Los Incas del Perú, los Jueces de Israel y los Faraones fueron gobiernos de esta clase.

res que tenía para con Dios y para con los hombres, cuál era la conducta que le convenía seguir y cuáles las faltas que debía evitar.

Bajo el pretexto de servirle, como á Hijo del Sol que era, los sacerdotes rodeaban al soberano en todos los instantes, espiando sus acciones, fiscalizando sus palabras y ejerciendo en su ánimo una influencia tan poderosa, que podía decirse que eran ellos y no el rey los verdaderos señores de *Egipto*.

Las leyes que regían á este pueblo formaban parte de los libros de Hermes,⁽¹⁾ y son notables por la sabiduría que resplandece en la mayoría de ellas.

Los tribunales eran formados por miembros de la casta sacerdotal, que elegían presidente al más conspicuo de ellos.

Todas las acusaciones y defensas se hacían por escrito, para que la palabra y el rostro no influyeran en el ánimo de los jueces.

Cuando el tribunal había dictado su fallo, el presidente lo hacía conocer, presentando al litigante vencedor el *seté* ó imagen de la verdad, que llevaba siempre suspendida al cuello.

3—La religión de los sacerdotes era muy elevada.

(1) *Hermes Trimegisto*, dios á quien los egipcios tenían por protector de su nación, considerado autor de todas las ciencias y las artes. —Este dios es también conocido con el nombre de Tot, ó escribano celestial.

Creían en un Dios único, ser creador y ordenador del mundo, al que no es posible dar forma corporal.

Admitían la inmortalidad del alma, y creían en una vida futura donde los buenos habían de recibir el premio de sus acciones y los malos el castigo á que se hubieren hecho acreedores.

Pero estas creencias no salían de los santuarios; el pueblo, sumido en la ignorancia, no alcanzaba á comprenderlas, y profesaba una religión cuyos principios eran más groseros.

Adoraba al fuego, á las aguas, á los astros y extendió su culto á los animales y á las legumbres y plantas saludables ⁽¹⁾.

El pueblo egipcio no veía en sus dioses más que á la naturaleza material, sin que sus concepciones á este respecto jamás alcanzaran á elevarse á una esfera superior ⁽²⁾.

4—El pueblo egipcio fué el más instruído y civilizado de la antigüedad.

Conocían todas las industrias agrícolas, que alcanzaron entre ellos notable desarrollo; sabían tra-

(1) Juvenal, poeta latino de gran mérito, se burló de esta creencia en una composición en que se leen estas palabras: *¡Oh santas gentes, á quienes hasta en los huertos nacen dioses!*

(2) El Nilo, el sol, el fuego, es decir, el principio vivificante, lo representaban bajo el aspecto de un toro y le daban el nombre de *Osiris*; á la luna la llamaban *Isis* y la representaban bajo la forma de una ternera. Estas eran divinidades bienhechoras á las que se oponía *Tiphón*, rey de la muerte y de la destrucción, y *Nephis*, que representaba la sequía y la esterilidad de la tierra.

bajar el oro, la plata y el bronce; fabricaban vidrio, loza y esmaltes, y tejían telas de lino y lana que adornaban con hermosos bordados.

Conocieron los principios de la Química y estaban sumamente adelantados en Geometría é Hidráulica, debiéndose sin duda el progreso de estas ciencias á la necesidad en que se hallaban de aprovechar y distribuir con equidad las aguas del *Nilo* y de restablecer los límites de las haciendas, borradas todos los años por los desbordes de aquel río.

Los egipcios inventaron una manera de escribir.

Al principio usaron un signo para cada palabra; á estos signos se les llamó jeroglíficos.

Como este sistema era muy complicado, la escritura se aprendía con suma dificultad y en mucho tiempo.

La experiencia fué simplificándola hasta llegar á tener un signo por cada sílaba.

Su literatura fué también notable. Hasta nosotros han llegado el *Ritual funerario*, los *Proverbios* de Phtahotep, un poema épico de Pentaur y el *Himno* al Nilo.





Trajes egipcios

Explicación de la lámina

Nº. 1. Traje nacional de los egipcios formado por un faldellín de cuero ó algodón de diferente tamaño, de forma rectangular, que se arrollaba alrededor de la cintura y aseguraba con una correa.

Nº. 2. Traje más lujoso compuesto de dos faldellines sobrepuestos.

Nº. 3. Otro traje egipcio, compuesto de faldellín, recogido con un trozo de tela que, pasando entre piernas, se sujetaba por detrás y por delante á un cinturón, de un collarín de varios colores y de una piel de fiera que servía de abrigo.

Nº. 4. Traje de campesino compuesto de un pedazo de tela que se sujetaba adelante y atrás por medio de una cinta.

Nº. 5. Traje del Faraón: componíalo, además del faldellín, una esclavina que se anudaba sobre el pecho, un collar de muchos colores, una ancha faja de cuero dorado con dibujos de varios colores, sujeta con dos fajas, una roja y otra azul, y un cetro de la altura de un hombre, rematado en una horquilla por la parte inferior y en una cabeza de chacal por la superior.

Nos. 6, 7, 8. Traje nacional de las mujeres, compuesto de la kalarisis, pieza cuadrangular de tela que ceñía el cuerpo.

Nº. 9. Traje de luto compuesto de una falda ó kalarisis anudada sobre el pecho.

Nº. 10. Traje de egipcia noble, compuesto de kalarisis, collarín y esclavina.

ESPARTA

1—Las leyes de *Esparta* fueron dictadas por Licurgo, uno de sus reyes, notable por su talento, su amor patrio y su grande austeridad.

Licurgo quiso establecer entre sus compatriotas la igualdad más absoluta.

Para conseguirlo dividió la tierra en lotes iguales y entregó uno á cada ciudadano, prohibiendo que el poseedor pudiera vender su terreno, á fin de evitar que hubiera un espartano más rico que los demás.

Deseoso de que sus conciudadanos se mantuvieran unidos, dispuso que las comidas se hicieran en común; y para evitar que las comodidades desnaturalizasen su carácter, les prohibió que ejercitasen el comercio y todo lo que pudiera proporcionar riquezas; desterró el lujo, las artes y las letras y ordenó que únicamente se usasen monedas de hierro, tan grandes y pesadas, que

para transportar una cantidad sin importancia, se necesitaba una carreta.

Los espartanos, al establecerse en el país, habían reducido á la esclavitud á sus antiguos habitantes; para mantenerlos en la servidumbre é impedir que expulsasen á sus opresores, era necesario que éstos fuesen poderosos y fuertes, por cuya razón dió Licurgo á su patria una constitución militar, pudiendo decirse con toda propiedad que los espartanos eran, más que una sociedad civil, un cuerpo de soldados.

Los niños, al nacer, dejaban de pertener al padre, pasando al dominio del Estado.

El recién nacido era conducido inmediatamente al *Lesehé*, punto de reunión de los ancianos, donde era examinado con mucha detención.

Si se le juzgaba débil ó mal conformado, se le precipitaba desde la cima del *Taigeto* ⁽¹⁾; si resultaba robusto y fuerte, era devuelto á los padres, que lo tenían consigo hasta los veinte años, en cuya edad se hacía cargo de él el *Pedónomo* ⁽²⁾, que á su vez lo entregaba al maestro que debía adiestrarle en la carrera, en la palestra, en el manejo de las armas y en todo cuanto podía dar al cuerpo fuerza y agilidad, y al alma valor y paciencia.

(1) Montaña cercana á Esparta.

(2) Magistrado encargado de vigilar la educación de la juventud.

Una vez terminado su aprendizaje, ingresaba el joven espartano en el ejército, á los treinta se casaba, y á los sesenta dejaba las armas para ocuparse de la administración del Estado.



Trajes griegos.

2—Los griegos todos tenían numerosas deidades.

El sol, el aire, el mar, la tierra, el fuego, es decir, todas las fuerzas de la naturaleza, eran para ellos un poder divino á quien rendían culto; profesaban, pues, el *politeísmo* ⁽¹⁾, faltándoles la idea de la unidad de Dios.

Los griegos creían que sus dioses revestían forma humana, que estaban animados por las mismas pasiones que á los hombres movían, y que, como éstos, tenían padres, hijos y una familia.

Las divinidades helenas se dividían en dos categorías: dioses mayores y menores ⁽²⁾.

Los dioses mayores, comunes á todos los pueblos griegos, eran pocos: tenían cada uno su santuario y un carácter, figura y atributos propios.

Así, *Atenea* era representada en pie, armada de una lanza, un casco en la cabeza, y en el pecho una brillante armadura; *Hefáistos*, dios del fuego, bajo el aspecto de un herrero cojo y feo,

(1) Politeísmo equivale á decir *muchos dioses*.

(2) Los dioses mayores eran doce: Zeus, señor del Universo; Hera, su esposa; Apolo, dios de la poesía y de las artes; Poseidón, dios de las aguas; Atenea, diosa de la sabiduría; Venus, diosa de la belleza; Ares, dios de la guerra; Hefáistos, dios de las artes útiles; Hestia, diosa de las virtudes domésticas; Demeter, dios de los campos; Artemisa, diosa de la caza y de la castidad, y Hermes, mensajero de los dioses.

blandiendo un martillo; *Mercurio* ó *Hérmes*, el mensajero de los dioses, con sandalias aladas, y *Poseidón*, dios de los mares, con un tridente, con el que agitaba las aguas para producir las tempestades.

Los dioses menores ó locales, eran innumerables, y recibían el nombre de *poliates*, que quiere decir dioses de la ciudad ó del lugar.

No había un bosque, un río, un torrente ó una montaña, que no tuviese su deidad propia, con frecuencia desprovistas de importancia, y que solo era adorado por las gentes de las cercanías.

Hesiodo, célebre poeta griego, decia en una de sus obras «*que en la fecunda tierra había más de 30.000 dioses*».

Los griegos creían que los dioses mayores se reunían en el monte *Olimpo*, en cuya cima discutían y arreglaban las cosas del mundo, presididos por *Zeus*, dios de los dioses, anciano de majestuoso aspecto y larga y blanca barba, cuya autoridad era religiosamente acatada por los demás.

Cuando los dioses celebraban sus reuniones, la cumbre de la montaña era rodeada por densas nubes, que los ocultaban á las miradas de los mortales.

Además de los dioses, adoraban los griegos á los héroes, hombres superiores á los demás por su talento ó valor, que después de muertos se

convertían en semidioses, con poder para ayudar á sus amigos y destruir á los que no lo eran.

La mayor parte de estos héroes son personajes ideales, creados por la fantasía popular; otros vivieron realmente.

Como los dioses tenían los sentimientos del hombre, se hacía para agradarles lo que se hubiera hecho para complacer á seres humanos.

Levantábanles suntuosos palacios, se les ofrecía leche, vino, pasteles, carne y fruta, se hacían libaciones en su honor, se inmolaban corderos, toros y vaquillonas ante sus altares, y se celebraban en honra suya grandes y solemnes fiestas ⁽¹⁾.

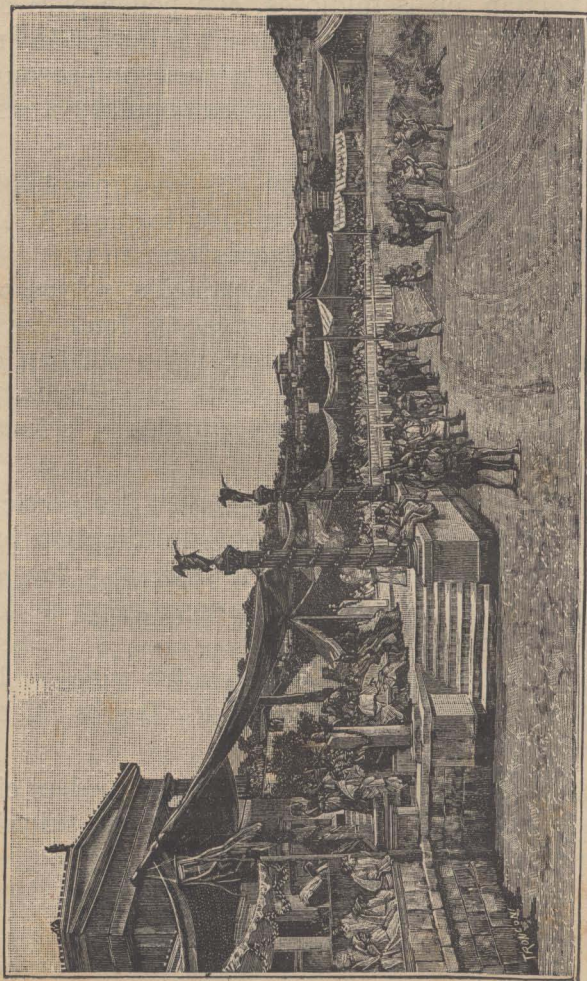
Estas fiestas eran de dos clases: las particulares de cada ciudad, en las que no tomaban parte más que los habitantes de la misma, y *las generales ó mayores*, á las cuales concurrían ciudadanos de toda la *Grecia*.

Las fiestas mayores eran cuatro y se celebraban en las ciudades de *Corinto*, *Delfos*, *Nemea*, y *Olimpia*.

Estas últimas, dedicadas á *Zeus*, duraban cinco ó seis días, y fueron las que más fama adquirieron en el país.

Empezaban por el sacrificio de varias vícti-

(1) Una fiesta no era entonces, como es entre nosotros, una diversión, sino una ceremonia religiosa.



Carreras olímpicas.

mas, á cuyo acto seguía una plegaria á *Zeus* y á los demás dioses.

Después tenían lugar los certámenes ó concursos, en los que se discernían premios á los que vencían en la carrera, en la lucha cuerpo á cuerpo, en el pugilato, en las carreras de carros, en el salto y en el tiro del dardo y del disco.

Cuando los juegos habían terminado, un heraldo proclamaba los nombres de los vencedores y el lugar de su nacimiento.

Entonces avanzaban los nombrados y recibían de los jueces el premio, que consistía en una corona de olivo, puesta la cual daban una vuelta al estadio para recibir las aclamaciones de los espectadores.

Era tanta la importancia que á estos premios se atribuía, que cuando el que los alcanzaba regresaba á su ciudad, sus compatriotas le recibían en triunfo, y en ocasiones derribaban un trozo de muralla para que entrara por el boquete.

3—Los Espartanos, como los demás pueblos griegos, tuvieron durante muchos años reyes, un consejo de ancianos y una asamblea del pueblo.

Los reyes que descendían de Hércules, gozaban de grandes honores; pero no tenían mucho poder, y eran cuidadosamente vigilados por los *éforos* ⁽¹⁾, que en realidad eran los verdaderos gobernantes de *Esparta*.

(1) Esta palabra griega significa inspectores.

Ellos eran los que declaraban la paz y la guerra, juzgaban los procesos y dirigían á los ejércitos en campaña.

Cuando querían dar alguna disposición ó dictar alguna medida de carácter general, consultaban al Senado, y después de oír á este cuerpo, convocaban al pueblo en una plaza, le hacían conocer lo que se había acordado y le pedían su aprobación, que era concedida sin reparo.

Los historiadores que han estudiado la antigüedad griega, no han podido determinar de un modo claro, si el pueblo tenía ó no el derecho de discutir lo que el Senado y los *éforos* disponían; pero lo que resulta fuera de toda duda es que, estando acostumbrado á la obediencia, nunca negaba su asentimiento á lo que proponían sus magistrados.

Esparta no era un país de igualdad; su población se dividía en tres clases: los ciudadanos, que se llamaban entre sí *los iguales*, y los primitivos habitantes del país que habían sido sometidos ⁽¹⁾ al yugo dórico, y que estaban divididos en dos categorías, los *periecos* y los *ilotas*.

Los *periecos* cultivaban la tierra y ejercían la

(1) El país donde se levantó Esparta se llamaba *Laconia*, y á sus habitantes se les daba el nombre de *laconios*. Los *espartanos* ó *dórios* que vivían en las montañas del Norte, bajaron hacia el Sur, en busca de un clima más suave y de tierras más feraces. Ambas cosas encontraron en la *Laconia*, de cuyo país se apoderaron, reduciendo á sus habitantes á la servidumbre.

industria, el comercio y todas las profesiones que los *iguales* desdeñaban como indignas de un hombre libre.

Servían en el ejército como auxiliares de los ciudadanos, pero no tenían voz ni voto en los asuntos referentes al gobierno de la nación.

Pagaban tributo y les estaba prohibido casarse con un individuo de la raza conquistadora.

Los *éforos*, si lo creían conveniente, tenían el derecho de hacerles matar sin previo juicio.

Le suerte de los ilotas era mucho más dura, representando la esclavitud en su forma más completa.

Un cierto número de ellos debía vivir en cada una de las haciendas pertenecientes á los ciudadanos ó iguales, cultivarla y entregar anualmente la cantidad necesaria de aceite, vino y trigo para el alimento del propietario y su familia, guardando el resto para sí.

Como estos desgraciados recordaban que habían sido un pueblo libre y dueño de sí mismo, profesaban un odio profundo á sus opresores.

Estos, que no lo ignoraban, les vigilaban continuamente, y cuando veían que su número aumentaba, mandaban contra ellos á los espartanos jóvenes para que asesinasen á todos los que, pasada cierta hora, encontrasen en los campos ó caminos.

Estas matanzas llevaban el nombre de *criptia*. Algunas veces, la ejecución no se verificaba en detalle, sino en masa.

Un historiador refiere que en cierta ocasión, como tuviere *Esparta* motivos para temer una insurrección de los ilotas, invitó por anuncio público á todos aquellos que por sus servicios pasados creyesen haber merecido la libertad, á presentarse para reclamar la recompensa á que se considerasen acreedores.

Los más bravos y más ansiosos de libertad acudieron; de su número total eligiéronse dos mil, como los más dignos; y llenos de alegría reuniéronse, coronados de flores, alrededor de los templos, á fin de dar gracias á los dioses. Poco tiempo después los espartanos los hicieron desaparecer; ignórase cuál fué su suerte, pero nadie volvió á verlos más.

4—La cultura espartana era limitada. Fuera de ejercicios físicos, y de la declamación de poesías heroicas, es decir, de lo que podía contribuir á formarle soldado, fuerte y animoso, el espartano no concedía importancia alguna ni al comercio, ni á la filosofía, las bellas artes ó la literatura.

Comparados con los atenienses, resultaban toscos é ignorantes en extremo.

Únicamente fueron maestros en el arte militar; durante muchísimo tiempo no hubo quien les

aventajara en organización y diciplina. Los demás pueblos griegos aprendieron de ellos á combatir y á este conocimiento deben el haber podido rechazar con éxito los ataques de los reyes asiáticos, que en varias ocasiones quisieron arrebatarles su independencia.



ATENAS

Las leyes y las costumbres en *Atenas* tenían un carácter muy distinto del que particularizaba á las de *Esparta*: no existía la uniformidad propia de la legislación de *Licurgo*, ni desaparecía el hombre para no dejar ver más que al ciudadano, siempre y en todas partes sometido al *Estado*.

La propiedad no estaba limitada; cada uno era libre, dueño de lo suyo, y podía legarlo al morir á sus herederos.

Cuando los hijos eran varones, se repartían la herencia por partes iguales; si eran varones y mujeres, se hacían de los bienes tantas partes cuantos eran los primeros y se los adjudicaban, sin otra obligación que la de constituir un dote á las hermanas.

Si faltaban los varones, heredaban las mujeres. El padre podía desheredar á sus hijos siempre

que el consejo de familia y la autoridad encontrasen que tenía justas razones para hacerlo ⁽¹⁾.

La familia en *Atenas* no era absorbida por la personalidad del padre, cuya autoridad no era en realidad otra cosa que un medio de protección y defensa ejercida en bien de los hijos, á los que no podía matar ó vender impunemente, como podía hacerlo en *Roma* y otros pueblos.

Tampoco el Estado se ingería en la intimidad del hogar, averiguando, como sucedía en *Esparta*, si los recién nacidos eran fuertes ó no, y si debían morir ó vivir.

La ley obligaba á los hombres á contraer matrimonio, y si llegaban á los 35 años sin haber cumplido esta disposición, pagaban una fuerte multa.

Los padres educaban á sus hijos hasta los 16 años del modo que les parecía bien.

Desde dicha edad asistían al gimnasio, donde aprendían la danza, la lucha y los combates gímnicos para alcanzar el desarrollo del cuerpo, y la *enseñanza de las musas*, ó sean las máximas y composiciones de los grandes poetas para dar al alma elevación y nobleza.

Cada ciudadano debía conocer un oficio; si al-

(1) En *Atenas*, cuando nacía un niño tenía el padre el derecho de rechazarlo; en este caso, era abandonado lejos del hogar paterno, muriendo en la soledad, á menos que fuera recogido por alguno, que tenía después el derecho de tratarlo y venderlo como esclavo.



Solón dictando sus leyes.

gún padre de familia prescindía de cumplir esa disposición de la ley, perdía el derecho de ser alimentado por sus hijos en la vejez.

Aun cuando en *Atenas* eran bien acogidos los extranjeros, su condición era muy diferente de la de los ciudadanos, cuya categoría solo podían alcanzar después de grandes servicios, y de haber sido admitidos por la asamblea en dos votaciones, pública la primera y secreta la segunda.

Los *metecas* ⁽¹⁾ tenían la obligación de llevar los vasos y utensilios sagrados, mientras se celebraban las fiestas de *Minerva*, y durante el mismo periodo, debían sus esposas sostener el quitasol que resguardaba las cabezas de las matronas atenienses.

En los primeros tiempos de la *Grecia*, eran las costumbres de los atenienses, como las de todos los griegos, muy sencillas y frugales.

La mayoría de los ciudadanos cultivaban por sí mismos sus tierras, cubriendo con el producto de su trabajo sus cortas necesidades.

Entonces el número de los esclavos era muy reducido.

Más tarde, los helenos, ya enriquecidos y aficionados al lujo, se establecieron en las ciudades, dejando la labranza de los campos al cuidado de los siervos, cuyo número aumentó de tal manera,

(1) Palabra que significa *los que viven con y que servía para designar á los extranjeros.*

que era tenido por muy pobre el ciudadano que sólo poseía uno ó dos, siendo muchísimos los ricos que los poseían por centenas.

Aunque la condición del esclavo era dura y triste por naturaleza, la ley ateniense procuró dulcificarla en lo posible.

Cuando un siervo era maltratado por su amo, podía exigir que se le vendiera para servir á otro menos cruel.

Se les permitía la entrada á los templos, y se libertaba á los que en tiempo de guerra servían en las naves del Estado, como remeros, y daban pruebas de valor y disciplina.

Cuando el esclavo entablaba reclamación para ser vendido, la ley le aseguraba un defensor, y mientras se esperaba el fallo, hallaba en el templo de *Teseo* un asilo inviolable.

Esta benignidad, que hacía menos horrible la suerte del pobre siervo, tuvo su recompensa, pues en *Atenas*, ni aun en los momentos de mayor peligro, intentaron los esclavos sublevarse contra sus dueños, como sucedió en otras partes, especialmente en *Esparta* y *Roma*.

2—La religión fué el primer lazo que unió entre sí á los griegos.

Mucho antes de que hubiera tratados ó alianzas de ningún género, algunas tribus vecinas se unieron para tributar culto á un dios dado, en un sitio especial, y convinieron en tratar este

santuario ó el terreno dedicado á su culto, como tierra sagrada, aun cuando estuviesen en guerra una con otra, y en unirse para defenderla de todo daño.

También acordaron celebrar fiestas solemnes en épocas determinadas, en las que tomaban parte todas las tribus coaligadas, y se reunían diputados de dichas tribus, para que el templo y sus tierras estuviesen debidamente atendidas.

La costumbre de marchar de acuerdo en lo referente al templo, estrechó las relaciones entre las diversas tribus helénicas, que terminaron por celebrar un tratado de paz perpetua y de defensa común.

Estas asociaciones religiosas se llamaban *anfitionias* y como en ellas siempre había un estado preponderante, el que se hallaba en este caso ejercía la *hegemonía* ó jefatura.

Cuando los griegos fundaban ó concertaban algunas de estas ligas, establecían un culto ó fiesta común, en la cual se unían todos los miembros de la liga.

La más importante de estas *anfitionias* fué la delfica, formada por doce tribus, entre las que se contaban los *dorios* y los *jonios* ⁽¹⁾, que adoraban á Apolo en *Delfos*.

Allí se daban *oráculos*, es decir, respuestas

(1) Fueron estas dos tribus las fundadoras de *Esparta* y *Atenas*, las más importantes de las ciudades griegas.

que se suponían ser del Dios, á aquellos que venían á consultarle, y que eran transmitidas por la *pitonisa*.

La *pitonisa* era una mujer de vida sumamente severa que se suponía animada de espíritu profético.

Cuando alguno quería consultar al Dios, se preparaba con varios días de anticipación, purificándose en la fuente *Castalia* y sacrificando varias reses en obsequio de Apolo.

Después de estos preparativos, penetraba el demandante en una galería que conducía á un abismo del que se escapaban vapores narcóticos.

Allí, la *pitonisa*, sentada en un trípode de bronce, los aspiraba hasta caer en un estado de exaltación profunda.

Las palabras que pronunciaba durante su éxtasis, eran cuidadosamente recogidas por los sacerdotes que las interpretaban y comunicaban su sentido al interesado.

Los sacerdotes de *Delfos* eran hombres muy hábiles; averiguaban lo que acontecía en lugares distantes y daban casi siempre respuestas acertadas sobre todos los puntos consultados.

Por medio de los oráculos hicieron mucho bien á *Grecia*, esparciendo ideas de justicia y de bondad, y trabajando en pro de la unión de todos los helenos.

Más tarde perdieron sus virtudes, y se dejaron

sobornar por los poderosos que tenían interés en tenerles á su lado y el *oráculo* perdió poco á poco su crédito.

3—Las leyes de *Atenas* fueron redactadas por *Solón*, uno de los siete sabios de la *Grecia* ⁽¹⁾.

Las leyes de Solón fueron mucho más humanas y suaves que las de Licurgo.

Dividió á la población en cuatro clases, según la fortuna de los ciudadanos.

Componían la primera los ciudadanos que tenían bienes que rindieran unos mil pesos oro sellado de la moneda argentina: éstos podían ejercer los más altos cargos del Estado.

La segunda clase se compuso de los caballeros, es decir, de aquellos que tenían una renta de seiscientos pesos oro sellado, cantidad que se juzgaba necesaria para poder mantener un caballo.

Estos debían formar los cuerpos de caballería y podían ejercer funciones subalternas.

En la tercera clase estaban comprendidos los que poseían una renta de trescientos á cuatrocientos pesos oro sellado de nuestra moneda. De esta clase se tomaban los soldados para la infantería de línea, reservándoseles también algunos cargos inferiores.

(1) Estos fueron: Tales, Solón, Bías, Chilon, Cleóbulo, Pitaco y Periandrio.

La cuarta clase comprendía á los que tenían una renta menor de trescientos pesos oro sellado.

Esta clase tripulaba las naves y recibía por este servicio un sueldo, que no se daba á los miembros de las tres primeras cuando prestaban servicio militar.

Se les excluía de cargos y empleos, pero se les admitía en la asamblea del pueblo y en los tribunales.

Esta desigualdad en la distribución de honores, se compensaba con la distribución del impuesto.

La cuarta clase no los pagaba, mientras que las tres primeras debían satisfacerlo según cierta progresión establecida.

El gobierno era ejercido por cuatro cuerpos políticos: los *arcontes*, el *Areópago*, el *senado* y la *asamblea*.

Los arcontes, supremos magistrados del país, eran nueve, cada uno de los cuales ejercía funciones distintas ⁽¹⁾.

Al tomar posesión de su cargo, juraban mantener las leyes, y al salir daban cuenta de su administración á la asamblea general, siendo admitidos después en el *Areópago*.

Mientras ejercían el cargo, sus personas eran inviolables.

(1) Uno de los arcontes mandaba el ejército; otro era el protector de las viudas y de los huérfanos y guardián de los derechos de las familias; un tercero ejercía funciones religiosas y así sucesivamente.

El *Areópago* era el antiguo tribunal de justicia, al que Solón dió grandes atribuciones, encargándole la vigilancia de toda la ciudad, de las costumbres, de la educación y de la religión, y de revisar las sentencias del pueblo, con facultades para proceder á la nueva instrucción de un proceso.

Este tribunal estaba formado por los ciudadanos que habían ejercido el *arcontado* y era el cuerpo político más respetado en *Atenas*.

El senado se componía de cuatrocientos miembros elegidos de entre las tres primeras clases de la sociedad; duraban un año en el desempeño de su cargo y eran responsables de sus actos.

El senado preparaba las leyes que debían ser sometidas á la consideración del pueblo, se ocupaba de la administración y de la hacienda, daba decretos que tenían fuerza de ley durante un año y podía imponer ciertas multas.

El senado era el consejero perpetuo del pueblo, pero éste era el único soberano.

La asamblea se componía de todos los ciudadanos atenienses, sin distinción de clases, pero sólo un número limitado de ellos concurrían al *Agora* ó al *Pnyx*, que eran los lugares en que el pueblo se congregaba.

La asamblea aprobaba las leyes, elegía los magistrados, que debían dar cuenta de su gestión al cesar en su cargo, y discutía todos los asuntos

que le eran propuestos por el senado, rechazándolos, modificándolos ó aprobándolos, según le parecían favorables ó contrarios á los intereses del país.

Todos los ciudadanos podían hacer ó presentar proposiciones á la asamblea, pero estaban obligados todos, aun los arcontas, á hacerlo por mediación del senado.

Todo ciudadano podía hacer uso de la palabra, pero los que tenían 60 años podían hablar antes que los jóvenes.

Las sesiones empezaban siempre con una ceremonia religiosa; llenada esta fórmula, un heraldo leía la proposición ó ley que se iba á discutir é invitaba á todos los que tuvieran algo que decir á que pasasen á la tribuna. La votación se efectuaba levantando las manos. La administración de la justicia corría á cargo de los *heliastas*, del tribunal de los *efetas* y de los *dietetes*.

El cuerpo de los *heliastas* se componía de 5.000 miembros de más de 30 años de edad, elegidos por sorteo de entre todas las clases sociales, sin más condición que la de no ser deudores del tesoro público y gozar de buena reputación. Era de su competencia juzgar los delitos políticos y los civiles de extremada gravedad.

Los *heliastas* se dividían en comisiones de 500, 1.000 ó 1.500, según la gravedad del asunto sometido á su juicio.

Se nombraban comisiones tan numerosas á fin de evitar que los acusados ricos ó poderosos pudieran, por medio del soborno ó de la intimidación, ejercer presión sobre sus jueces.

El tribunal de los *efetas* juzgaba los homicidios involuntarios ó cometidos en defensa propia.

Los *dietetes* eran autoridades análogas á nuestros jueces de paz y sentenciaban sobre asuntos de poca importancia.

Las penas que comúnmente se imponían, eran: la multa, la confiscación de bienes, la prisión, la muerte, la *atimia* ó privación parcial ó total de los derechos cívicos, y el *ostracismo* ó destierro, que servía de castigo á los ciudadanos á quienes se acusaba de intentar destruir la paz pública.

4—En Atenas alcanzaron las artes y las ciencias un alto grado de esplendor; puede decirse, sin exagerar, que la ciudad ática fué el centro de la cultura griega.

Este desarrollo artístico se debe en gran parte á las sabias y democráticas instituciones que la regían, las que, lejos de reprimir el vuelo del espíritu, lo fomentaban.

La arquitectura fué llevada á un grado de perfección que no ha sido ultrapasado por ningún artista.

El templo de *Atenea* ó *Partenón*; el de la *Victoria Aptera* y otros, á pesar de estar medio

arruinados, son considerados por los inteligentes como arquetipos de belleza, sobresaliendo en ellos la proporción exquisita y armoniosa del conjunto, cualidades características del arte griego.

No menos esplendor que la arquitectura alcanzó la estatuaria.

Las obras de Fidias y de sus contemporáneos, á pesar de que las que se conservan están casi todas mutiladas, ocupan el puesto de honor en los principales museos de bellas artes del mundo entero.

La belleza de estas obras se explica por la de los modelos.

Los atenienses se preocuparon mucho de la educación física, á favor de la cual consiguieron que su raza fuera la más bella y mejor formada.

Siendo la estatua una reproducción de la figura humana, resulta evidente que cuanto más hermoso fuera el original, más bella debía resultar la copia.

Los atenienses comprendían que tanto el Estado como el individuo alcanzan mayor ó menor grado de grandeza según sea su cultura, y no despreciaban ningún medio para lograr que la suya fuera completa.

Por eso, en su sistema de educación, al estudio de los poetas y de los filósofos, que forman el espíritu, y de la gimnástica que da vigor y elegancia al cuerpo, habían agregado la música, que

acostumbra al alma á la armonía, y el baile, que comunica la gracia.

Estas dos artes secundarias no recibieron de los atenienses el sello magistral que imprimieron á la arquitectura y á la estatuaria.

Crearon el teatro y escribieron obras imperecederas, que son aún para los contemporáneos fuente de estudio y de inspiración.

La oratoria, la poesía lírica, la historia y todos los géneros literarios fueron cultivados con pasión y éxito por los atenienses, que han dejado en todos ellos modelos insustituibles.

Puede decirse de los griegos, en general, y de los atenienses en particular, que llevaron las artes á su mayor altura; que crearon una literatura inmortal, y que sistematizaron las ciencias, cuya tecnicología les pertenece por entero.

Han sido los maestros de la humanidad, pues transmitieron su saber á los romanos y éstos á todos los pueblos de occidente.



ROMA

1—Las costumbres romanas eran muy sencillas y austeras.

Entre los romanos eran desconocidos el lújo y la ociosidad; el amo de la casa trabajaba con sus hijos y siervos; el ama con sus sirvientas; y cuando se quería elogiar á algún hombre, se le llamaba buen labrador ó buen colono.

La mayor parte de los romanos vivian en el campo en sus *villas* ⁽¹⁾, que no eran más que cabañas de poca altura, hechas de adobe ó ladrillo crudo, con techos de viguetas y ramas, rodeadas por cercas de espinos y profundas zanjás.

En estas moradas se trabajaba siempre; si el mal tiempo impedía labrar la tierra, el arreglo de los establos, la compostura de los instrumentos y enseres necesarios, proporcionaban ocupación á patrones y sirvientes; y es que toda la aten-

(1) *Villa* en latín significa propiedad.

ción del romano se dirigia á un fin práctico: ganar dinero y ensanchar sus propiedades ⁽¹⁾.

Eran estos campesinos tan avaros de su tiempo, que para ir á vender sus productos á la ciudad aprovechaban los días festivos, y para no desperdiciarlos prescindían de las prácticas religiosas que los alejaban de su domicilio, contentándose con rendir culto á los *Lares*, los *Manes* y los *Silvanos* ⁽²⁾.

Estas costumbres laboriosas y sencillas daban gran cohesión á la familia, sobre cuyos miembros ejercía el padre ó jefe una autoridad absoluta.

El padre de familia podía condenar á muerte á su mujer, si fabricaba llaves falsas ó faltaba á sus deberes, y vender á sus hijos hasta tres veces, como también casarlos sin su consentimiento.

Ni la edad, ni las dignidades, emancipaban á los hijos de la tutela paterna; podía un romano ser hasta *cónsul*, pero seguía siempre sometido á su padre.

Sólo cuando éste fallecía, se convertía á su vez en padre de familia.

Cuando un romano moría, ni su mujer ni sus hijos podía reclamar nada de sus bienes, pues el

(1) Un romano ilustre, Catón, decía: «Un padre de familia debe hacer d'nero de todo y no perder nada. Sida un sayo nuevo á los esclavos, debe recoger el viejo para otros usos. Debe vender el aceite, el trigo, los esclavos viejos; debe ser siempre vendedor y nunca comprador.

(2) Dioses de los campos.

padre de familia era dueño de disponer libremente de su patrimonio.

Sin embargo, para transmitirlos á un extraño, necesitaba el permiso de las curias; si moría sin testamento, los hijos heredaban por partes iguales.

Los hijos, aunque tardíamente, se emancipaban, pero la mujer vivía en perpetua tutela.

Cuando soltera estaba sujeta al padre, casada á su marido y viuda á su pariente más próximo, hijo, hermano ó cuñado.

No podía, si estaba en posesión de algún bien, venderlo ó legarlo sin el consentimiento de sus tutores, y cuando se casaba, no llevaba los lares del hogar paterno.

A la par de trabajadores, eran los romanos avaros y usureros.

Como la agricultura estaba sujeta á muchas contingencias, vientos, sequías, lluvias demasiado prolongadas, sucedía que muchos campesinos que, por alguna de estas causas perdían sus cosechas, se veían obligados á tomar dinero en préstamo, pagando por él intereses verdaderamente escandalosos, que subían á veces al 30 %.

Si llegaba el vencimiento y no podían pagar eran tratados sin misericordia.

Se les citaba á juicio, y una vez confesada la deuda, se les daban 30 días para pagar.

Pasado este término, si no saldaban su cuenta, el acreedor los encerraba en la *ergástula*, atados

con cadenas de 15 libras de peso, y los tenía así sesenta días, pasados los cuales los vendía como esclavos.

Si había muchos acreedores, podían dividirse su cuerpo.

2—La palabra religión, significa *lazo*, y en ninguna parte ni en ningún tiempo este lazo fué tan fuerte como en *Roma*.

No había un solo acto de la vida privada ó pública, que no exigiera una oración ó un sacrificio según los ritos prescritos por los ministros del culto.

Todos los actos, ventas, leva de tropa, juicios, contratos, etc., todo se hacía bajo juramento.

Esa costumbre, hizo que los romanos fueran el pueblo más fiel á su palabra, pero á la palabra literal, aunque sufriese la justicia.

Si un acusador, al hacer su denuncia, se equivocaba en una sola de las fórmulas acostumbradas, ya no seguía el pleito.

Al pedir dinero prestado decía el que lo solicitaba: *¿Prometes dar?*; y el solicitado decía: *Pro-meto*.

Si uno de los dos omitía ó equivocaba la palabra ó palabras que le correspondían, ya no había contrato, ni deudor ni acreedor, y si el dinero se había entregado era perdido.

La religión de los primeros romanos era una especie de fetichismo.

El dios *Quirino* era representado por una lanza; *Júpiter Lapis* por una piedra; *Vesta* por el fuego; *Marte* por un escudo y así por el estilo. Sólo después de mucho tiempo, dieron los romanos forma humana á sus dioses, imitando las estatuas de los griegos.

Los romanos no sentían amor, sino miedo por sus deidades, á las que creían malas y vengativas como son muchos hombres.

Eran sumamente supersticiosos; creían en el mal de ojo y en los presagios.

Si un romano al salir de su casa adelantaba primero el pie izquierdo; si oía el chillido de un mochuelo, ó bien si su mirada tropezaba con un objeto tenido por funesto, volvía inmediatamente á sus habitaciones y ofrecía á los dioses un sacrificio expiatorio; sólo después de esta ceremonia se atrevía á salir de nuevo á la calle.

La religión romana era doble: cada casa tenía sus dioses lares, los manes de la familia y el altar del hogar.

La ciudad tenía sus divinidades y poseía también un fuego sagrado que llamaban *Vesta*, palabra antigua que significa *hogar*; estaban encargadas de mantenerlo siempre vivo, cuatro doncellas hijas de las familias más ilustres, las *vestales*, pues la llama sagrada no debía extinguirse nunca y su conservación debía encomendarse á seres vivos.

Los romanos, cuando rezaban, no lo hacían como lo hacen los cristianos, para elevar su alma y sentirse en comunicación con el Creador, sino para pedir un servicio; concebían la religión como un mero cambio de favores; ellos presentaban ofrendas y tributaban homenajes á los dioses, y éstos debían otorgales algún favor en premio.

Si en recompensa de su ofrenda, no recibía el romano el favor esperado, se consideraba víctima de un engaño y se lo reprochaba á la deidad.

Durante la enfermedad de un príncipe amado del pueblo, la ciudad ofreció sacrificios á los dioses para lograr su curación.

El príncipe murió, y el pueblo, irritado, invadió los templos, derribó los altares y arrojó al río las imágenes de los dioses, en castigo de no haber concedido lo que se les pedía.

3—El gobierno de *Roma* se llamaba *República* ⁽¹⁾ y emanaba en absoluto del pueblo, que elegía los magistrados, declaraba la paz y la guerra y dictaba las leyes.

En *Roma*, como en *Grecia*, el pueblo no elegía diputados, sino que votaba por sí mismo.

Cuando el magistrado correspondiente convocaba á comicios, esto es, á asamblea, el pueblo se reunía en una plaza, allí era enterado de los

(1) Esta palabra quiere decir *la cosa pública*.

asuntos sometidos á su votación, resolvía y se retiraba luego.

Para evitar confusiones, se había organizado el pueblo de modo que pudiera votar breve y ordenadamente.

Unas veces se le convocaba en el campo de *Marte*, donde se formaba por compañías, con sus estandartes á la cabeza, votando según el número de orden de cada centuria ó compañía; otras se congregaba en el mercado, distribuyéndose en 35 grupos, llamados *tribus*, que votaban, también por turno, dentro de un espacio cerrado por barreras.

El pueblo elegía anualmente todos los magistrados que debían gobernarle y delegaba en ellos un poder absoluto.

Cuando salían en público, iban precedidos de *lictors* que llevaban un haz de varas y un hacha, para indicar que el elegido del pueblo tenía derecho para castigar é imponer la última pena.

Este poder inmenso no se confiaba á un solo magistrado, que al verse investido de una autoridad tan grande hubiera podido abusar de ella, sino que se confiaba á varios que gozaban de idénticas facultades.

Así había en *Roma*, y á un mismo tiempo, dos *cónsules* que gobernaban al pueblo y mandaban los ejércitos; eran auxiliados en sus funciones por

los *pretores*, que ejercían especialmente funciones judiciales.

Había además cuatro *ediles* ó municipales, que cuidaban del aprovisionamiento de la ciudad, de hacer cuidar y reparar los acueductos, de mantener aseados y en buen estado los mercados y de todo lo que atañía al ornato y á la policía de la población; diez *tribunos de la plebe*, que tenían la misión de defender los intereses del pueblo contra los patricios.

Eran inviolables y tenían el derecho de *vetar*, es decir, de suspender los efectos de toda disposición ó ley que les pareciera injusta ó de malas consecuencias.

Existían también los *cuestores* y los *censores*. Los primeros llevaban las cuentas del Estado; los últimos eran los magistrados que gozaban de mayor autoridad, y tenían la misión de formar cada cinco años el *censo* ó padrón general del pueblo romano.

Ante ellos, y bajo juramento, debían declarar los ciudadanos sus nombres, los hijos que tenían, el número de esclavos que poseían y el monto de su fortuna, datos que quedaban inscriptos en los registros.

Les correspondía formar la lista de los senadores, caballeros y ciudadanos, señalando el puesto que á cada uno correspondía en la ciudad y debían velar también por la conservación de las

buenas costumbres. Esta facultad les permitía corregir y castigar á los patricios, puesto que cuando alguno de ellos se hacía, por alguna acción deshonrosa, indigno de su rango, era sometido á la censura y borrado de la lista de su clase, lo que equivalía á degradarle.

El poder exorbitante de que estaban investidos, hizo que fueran los censores dueños absolutos de *Roma*.

Además de las autoridades enumeradas, había en *Roma* un cuerpo político, el senado, que gozaba de mucho ascendiente.

Se componía de unos 300 miembros designados por el censor, elegidos entre las familias más ilustres y respetadas, y entre los que habían ejercido la magistratura.

Se reunían, pues, en él los hombres más expertos y reputados de la República, y esa circunstancia era la que le granjeaba la estima y el respeto del pueblo.

Cuando ocurría algún hecho grave, un magistrado cualquiera reunía á los senadores, les exponía la situación, y solicitaba su parecer.

A este acto se llamaba *consultar al senado* y el acuerdo de la mayoría *senado consulto*.

Este acuerdo era una simple opinión, porque el senado no tenía derecho para hacer leyes; pero esta opinión era obedecida en *Roma* como una orden, pues el pueblo tenía plena confianza en

los senadores, á los que, con razón, creía más expertos y enterados de los negocios que él lo estaba, y los magistrados no se atrevían á prescindir de la opinión de una asamblea compuesta de nobles, sus iguales.

4—El carácter de los romanos, utilitarista por excelencia, les hizo mirar como cosa de poco valor el cultivo de las bellas artes.

Todo lo que supieron en pintura y escultura, lo aprendieron de los griegos, cuya inspiración y alto vuelo no alcanzaron jamás.

Su inferioridad respecto de sus maestros fué aún más notable en las ciencias, dando lugar á que un célebre escritor ⁽¹⁾ dijera de ellos: *Ex-ceptuando á Varrón y á algún otro personaje ilustre, no hay un hijo de Roma que haya pasado el umbral de la ciencia.*

El arte en que más sobresalieron fué la arquitectura, pues conocieron un elemento del que no llegaron á disponer los griegos, la *bóveda*, esto es, el arte de disponer en forma de semicírculo las piedras talladas, de tal modo que se sostengan unas á otras.

Esto les permitió construir edificios mucho mayores y variados que los griegos.

(1) Marciano Capella, escritor latino del siglo V, autor del *Satiricon*, tratado sobre las siete artes liberales (gramática, dialéctica, retórica, geometría, aritmética, astronomía y música), cuya obra alcanzó gran crédito en su tiempo y en la edad media.

En una sola ciencia alcanzaron los romanos una perfección no igualada por nadie.

Esta ciencia, importantísima, es el Derecho.

Así como se dice que *Grecia* fué la cuna de las artes, debe reconocerse á *Roma* la gloria de haber sido la madre de la jurisprudencia.



Trajes romanos.

Explicación de la lámina

N.º 1. Traje de ciudadano romano, compuesto de calzón, túnica y manto.

N.º 2. Portaenseña vestido con calzón, una *subúcula* ó camisa de lienzo, una corta túnica de cuero ceñido á la cintura y una piel de lobo ó de león, distintivo de su empleo.

N.º 3. Traje de hondero.—El representado por esta lámina lleva las piedras en un repliegue del manto.

N.º 4. Soldado romano de infantería, vestido con una túnica corta y un manto de color obscuro llamado *segura*, coraza, casco, escudo y una espada corta y fuerte.

N.º 5. Traje de emperador romano; ceñida la frente de laurel y llevando en su mano el cetro.

N.º 6. Traje de general romano. Estos, lo mismo que los emperadores, llevaban una coraza ó *loriga* construída de un modo que ceñía el cuerpo, modelando sus formas.

N.º 7. General romano sin coraza.

N.º 8. Retrato del emperador romano Nerón.

N.º 9. Lictor romano, llevando la insignia de los pretores, cónsules y otros magistrados, llamada *fascés*, que consistía en un haz de varas atadas y sujetando en medio una segur ó hacha.



ADVENIMIENTO Y DIFUSIÓN DEL CRISTIANISMO

HEROISMO DE LOS MÁRTIRES CRISTIANOS

1—En la época de mayor esplendor para *Roma*, nació en *Nazareth*, pequeña población de *Galilea*, Jesús, llamado por sus discípulos *Cristo* y *Salvador del Mundo*.

Su religión sublime, que es la nuestra, está fundada en el amor al prójimo, en la caridad más ardiente y en el absoluto desprecio de las riquezas, que le parecían *fruto de iniquidad* y *herencia de injusticias*.

Cuando algún poderoso quería seguirle, debía desprenderse de ellas: *Vé, le decía, anda, vende tus bienes y dalos á los pobres*. Cuando sus discípulos se preocupaban del porvenir, les contestaba: *Las aves del cielo no siembran ni cosechan, y sin embargo, vuestro Padre las alimenta*.

Amaba la pobreza y el sufrimiento, porque en

ellos estaba encerrada la esperanza de redención y el logro de la vida eterna, dulce y tranquila para los buenos y los desgraciados; amarga y desesperada para los réprobos, los duros de corazón y los que habían oprimido y maltratado á los pobres.

Antes de la venida de *Cristo*, se llamaba bueno al hombre noble, rico y valiente; después de él, la palabra cambió de significado: el hombre bueno fué el humilde, el manso de corazón y puro de conciencia; el que anteponía á todas las cosas el perdón de las ofensas, la piedad para los desgraciados y el amor ardiente á todos los hombres.

Sólo el amor y la caridad podían ser fuente de salvación.

Cuando mi Padre, que es Padre de todos, decía, juzgue á los hombres, sentará á su diestra al que haya dado de comer al hambriento, aplacado la sed del sediento, vestido al desnudo y consolado al triste en sus aflicciones.

Cristo amó á todos los hombres y murió, no sólo por un pueblo, sino por la humanidad entera; nunca estableció diferencias entre los seres humanos y los consideró á todos iguales ante Dios.

Las religiones antiguas eran creencias de una raza ó nación, que las conservaba como un tesoro, sin querer comunicarlas á los restantes pueblos.

Cristo dijo á sus discípulos: *Id y enseñad á to-*

das las naciones; y el apóstol San Pablo formuló en los términos siguientes la doctrina de la igualdad cristiana: *Ya no hay judíos, ni griegos, ni bárbaros, ni esclavos, ni libres: Cristo está todo entero en todos.*

Para hacerse grato á Dios y digno de su reino, no es necesario ofrecerle sacrificios ni observar prácticas minuciosas, como lo hacían los paganos: basta adorar al Padre común en espíritu y en verdad.

Esta doctrina no podía ser del agrado de los poderosos, que sólo vivían para el placer; pero los esclavos, los pobres, los oprimidos, los que tenían hambre y sed de justicia, todos aquellos para quienes la vida sólo tenía dolores, la abrazaron con fe y entusiasmo, consolados por la dulce esperanza de gozar una vida mejor, donde una justicia incorruptible premiaría el bien y castigaría el mal.

Los *doce discípulos* de Cristo que recibieron de él la misión de esparcir por todos los ámbitos de la tierra la buena nueva, fueron en todas partes seguidos por los desgraciados, y pronto los que sufrían, que eran y son aún los más, se llamaron en todas partes hombres de Cristo, adeptos de la nueva fe.

Los cristianos que vivían en un mismo punto se reunían para orar juntos.

Su reunión se llamaba *Iglesia* (palabra que significa asamblea.)

Los fieles de una misma *Iglesia* se llamaban hermanos; auxiliaban á las viudas, á los enfermos, á los pobres y á los huérfanos, y seguían los consejos de sus *sacerdotes* ⁽¹⁾ y *obispos* que eran sus jefes y directores.

2—En sus orígenes fué tolerado el cristianismo; pero cuando sus adeptos se hicieron más numerosos, sufrieron crueles persecuciones. Acusáronles de sacrilegio, por negarse á rendir homenaje á los dioses romanos, y de crimen de lesa majestad, porque con su prédica ofendían al emperador en su carácter de pontífice máximo ⁽²⁾.

Los creyentes asombraron á sus perseguidores con su heroísmo, pues nunca se había visto un entusiasmo tan grande por una idea, ni un desprecio más absoluto de la vida.

Blandina, joven esclava, débil y enfermiza, martirizada en *Lión*, encontró fuerzas en el suplicio.

Desde la mañana hasta la noche estuvo en tortura; su cuerpo no formaba ya más que una llaga viva, sus huesos estaban quebrados y las articulaciones desunidas; pero un solo grito se escapaba de sus labios: *Soy cristiana*, decía; *entre nosotros*

(1) *Sacerdote* quiere decir *antiguo*; *obispo* equivale á decir *vigilante*.

(2) No fueron éstos los únicos delitos que se imputaron á los cristianos. Se les atribuyó el incendio de Roma, que tuvo lugar en tiempo del emperador Nerón, y muchos fueron sacrificados bajo la acusación de haber inmolado criaturas inocentes en sus ceremonias.

no se hace ningún mal.—Atalo, ciudadano de *Pérgamo*, fué sentado en una silla de hierro ardiente; sin embargo, murió valerosamente, glorificando á su Dios.

Nerón hizo empapar en resina á algunos cristianos, que durante la noche fueron quemados como si fueran antorchas; á otros se les arrancaron los ojos, las uñas y los dientes; miles y miles fueron arrojados á las fieras; y sin embargo, no hubo entre ellos apóstatas ni vacilantes.... Póntico, niño de 15 años, iba á sufrir el tormento. Al verle tan joven, hasta la bárbara multitud tuvo un momento de piedad. *¡Jura por los dioses!* le gritaron mil voces; pero el niño, sostenido por las palabras de Blandina, su compañera de martirio, sufrió todos los dolores, como un héroe, hasta que exhaló el último suspiro.

Era tanto el deseo de recibir el *martirio* ⁽¹⁾, es decir, de dar testimonio de su fe que mostraban los cristianos, que sus obispos tuvieron que prohibirles que buscaran temerariamente la muerte.

El gobernador de una ciudad asiática sometió á juicio á varios cristianos: al saberlo, todos los habitantes de la población se presentaron al tribunal pidiendo que se les procesase también.

Fuera de sí el gobernador, mandó ejecutar á algunos y arrojó á los restantes de su presencia,

(1) *Mártir* quiere decir testigo; su suplicio era el *testimonio* que daban de profesar y querer su religión.

diciendo: *Idos de aquí, miserables. Si tantas ganas de morir tenéis, no faltan cuerdas y precipicios.*

Los tormentos á que eran sometidos no entibiaban el valor y la firmeza de los cristianos; muy al contrario, los relatos de estos suplicios, que son conocidos con el nombre de *actas de los mártires*, solo servían para dar á todos serenidad y constancia y para hacer nuevos prosélitos.

En una ocasión fueron conducidos delante del juez varios cristianos. El valor de las víctimas fué tanto, que uno de los presentes, entusiasmado, les mostró una piedad que irritó á la multitud. Sin demora se le acusó ante el gobernador. ¿Quién eres? le preguntó el magistrado. *Un cristiano*, respondió. Y sin más, fué á sentarse entre los acusados.

Los restos de los cristianos muertos en el circo eran depositados en el *Spoliarium*, lugar destinado á recibir los despojos resultantes de las horribles fiestas con que entretenía sus ocios el pueblo romano. De allí los sacaban sus correligionarios y, después de velarlos y rendirles el tributo de sus oraciones, les daban sepultura en las *catacumbas*, que eran unos subterráneos de ellos solos conocidos.



Martir cristiana retirada del circo.

LOS BÁRBAROS Y SUS INVASIONES

Los romanos llegaron á constituir un imperio poderosísimo, pues dominaron en toda la *Europa* central y meridional, en el Norte de *África* y en una gran parte del *Asia*.

Cuando se vieron ricos y poderosos, olvidaron su austeridad y antiguas virtudes, entregándose á la disipación y al lujo más desenfrenado.

Como para pagar sus gastos necesitaban sumas enormes, impusieron á las provincias tributos abrumadores que, creciendo día á día, llegaron hasta exigir de los pueblos mucho más dinero del que racionalmente podían dar.

Estas expoliaciones sumieron en la miseria á las clases productoras; y el hambre, la peste y las guerras hicieron tales estragos, que vastas comarcas del imperio, especialmente en las regiones limítrofes, quedaron enteramente desiertas.

En las fronteras del imperio, á orillas de los



Venta de esclavos.

rios *Danubio* y *Rhin*, vivían los germanos, á quienes los romanos llamaban bárbaros.

Estaban divididos en unas cuarenta tribus que se gobernaban independientemente, y que con frecuencia guerreaban entre sí.

Solo consideraban dignos del hombre la lucha y los combates, y muchos de ellos formaban bandos que obedecían al más fuerte, y que alquilaban sus servicios á quien mejor les pagaba, si es que no se decidían á hacer la guerra por su cuenta.

Estas tribus acechaban continuamente las poblaciones de la frontera, y cuando las veían desguarnecidas ó descuidadas, las invadían, retirándose luego con el producto de sus rapiñas.

Mientras *Roma* dispuso de buenos ejércitos, los bárbaros fueron siempre escarmentados con dureza, y tribus enteras de ellos, hechos prisioneros en la lucha, fueron vendidos como esclavos; pero cuando los romanos cambiaron de modo de ser, los soldados escasearon, porque ningún ciudadano quiso dejar su cómoda existencia, las fiestas continuas del circo y la holganza, por la vida del campamento, siempre llena de privaciones y peligros.

Entonces hubo necesidad de remontar los ejércitos con esclavos; pero estos infelices, arrebatados á su servil trabajo y embrutecidos por una prolongada servidumbre, carecían de aptitudes



Los bárbaros en Roma.

para la vida militar, y eran incapaces de sustituir á los legionarios de la antigua *Roma*.

El prestigio del ejército romano se desvaneció, y desde aquel momento ya no hubo seguridad en el imperio.

Los bárbaros ya no se limitaron á saquear los territorios fronterizos, sino que los ocuparon permanentemente.

Alarico, rey de una de estas tribus (la visigoda), se alió con los romanos para combatir á los hunos, otra tribu bárbara procedente del norte de *Asia*.

Después de vencer al común enemigo, se enemistó con sus aliados de la vispera é invadió la *Italia*, sitiando á *Roma*, que fué tomada y entregada al pillaje.

El pueblo romano, debilitado por los vicios, vió desmoronarse su imperio.

Por más de un siglo recorrieron su vasto territorio bandas feroces que entregaban las poblaciones á las llamas, destruían los monumentos, mataban á los pobladores ó los llevaban cautivos.

Los teatros, las termas, las academias, las escuelas, todo lo que representaba la civilización romana, desapareció ante la furia de aquellos hombres que llevaban á todas partes la desolación y la muerte y que hacían gala de un espíritu cruel y destructor.



La invasión de los bárbaros

Atila, rey de los hunos, decía: *Donde pisa mi caballo no vuelve á nacer la hierba*; y los Vándalos dejaron tan terrible recuerdo, que la palabra *vandalismo* es, en todos los idiomas latinos, sinónima de manía destructora.

Muchas ciudades jamás renacieron de sus ruinas, y otras que habían sido grandes centros de población quedaron reducidas á oscuros lugares.

A medida que los bárbaros afirmaban su dominio en las diversas comarcas del imperio, se iban extinguiendo el poder de los emperadores y la influencia del espíritu romano.

Los invasores y los invadidos se mezclaron, la lengua latina se corrompió, dando origen á las lenguas modernas, y los usos y costumbres se alteraron profundamente, originando grandes diferencias entre los diversos grupos de población.

Estas diferencias se fueron acentuando y dieron origen á las que hoy se llaman *naciones*.



EDAD MEDIA

La sociedad feudal.—Organización de la Iglesia.—Aparición de la clase media.—Crecimiento del poder real.

I—Al extinguirse el imperio romano se formaron con sus despojos varios reinos independientes.

Estos reinos fueron: el de los franceses y el de los borgoñones en la *Galia* (Francia); los siete reinos de los anglos y de los sajones en *Inglaterra*; el de los visigodos en *España* y el de los ostrogodos primero, y el de los lombardos después, en *Italia*.

Algunos de ellos desaparecieron ó se refundieron con otro inmediato, pero los más perduraron con su gobierno, sus artes y su literatura propias.

Los monarcas que regían estos Estados no eran poderosos, ni tenían grande autoridad, lo que era debido al modo de ser germánico, que des-

conocía y rechazaba los privilegios y toda idea de sujeción, no dando mérito sino al valor personal y no pagando impuestos ó tributos á nadie.

De acuerdo con ese modo de pensar, sus monarquías no eran otra cosa que una reunión de *provincias* ó *distritos*, en cada uno de los cuales gobernaba un *conde* ó *duque*, que era en realidad el señor del dominio, pues el rey no tenía derecho de desposeerlo, mientras que el duque ó el conde podían transmitir sus estados á sus herederos.

Estos señores prestaban pleito homenaje al rey, lo que no les impedía desobedecerle, y aun hacerle la guerra cuando les placía ó les era conveniente.

Podía decirse, con toda verdad, que en cada Estado ó nación no había uno, sino muchos reyes.

Estos *condes* ó *duques* tenían junto á sí muchos otros caballeros de los que recibían juramento de fidelidad, y á los cuales concedían en premio y en *feudo* ⁽¹⁾ una extensión de terreno proporcionado á la importancia ó mérito de aquel á quien se concedía. El que juraba fidelidad á un *conde* ó *duque*, se declaraba *vasallo* suyo, y tenía la obligación de acompañar á su señor á

(1) *Feudo* viene de dos palabras sajonas: *fee*, que quiere decir salario, y *od* que significa bien ó propiedad. Feudo, pues, equivale á decir: bien ó propiedad dado ó concedido como salario ó recompensa.

la guerra, acudiendo á su mandato armado y equipado.

Además de este servicio, que se llamaba *asistencia*, debía el vasallo á su señor *fidelidad* y *consejo*.

La fidelidad consistía en no causarle perjuicio alguno moral ó material, y el consejo en acudir á su lado para ayudarlo á juzgar y á resolver las cuestiones difíciles.

Durante el régimen feudal, los hombres estuvieron divididos en tres clases: los caballeros ó señores, los clérigos y los campesinos.

Los señores pasaban la vida combatiendo, única ocupación que creían digna de un hombre libre.

Para entrar en batalla se ponían una armadura compuesta de casco, escudo, coraza, brazaes, hombreras, espaldares, guardamuslos y guanteletes, es decir, de un número de piezas que defendían todo el cuerpo; muchos usaban en vez de armadura la *cota de malla* de hierro que les cubría desde el cuello á las rodillas.

Para ayudarles á vestir este incómodo y pesado traje, les acompañaba siempre un escudero.

Las armas usadas por los caballeros consistían en una larga espada, una lanza de palo de fresno rematada por una aguda hoja de acero en forma de dardo, el hacha de armas y el puñal.

Los caballeros tenían el derecho de guerrear entre sí, pero rara vez lo hacían, pues la cosa no les resultaba provechosa; por lo general preferían asaltar y saquear á los grupos de mercaderes que atravesaban sus dominios.

Los señores tenían necesidad de fortificar sus viviendas para no ser víctimas de un golpe de mano de sus enemigos.

Para vivir con seguridad, edificaban castillos, ó sean construcciones propias para los fines militares de la época, al mismo tiempo que para las necesidades personales de la vida privada.

Los primitivos castillos, edificados casi siempre en la cumbre de algún cerro ó colina, consistían en una gran torre cuadrada, ceñida de empalizadas, á cuyo pie corría un foso profundo, que en los casos de peligro se llenaba de agua, y que se atravesaba por un solo punto y por medio de un puente levadizo, que se levantaba todas las noches, dejando el castillo sin comunicación con el exterior.

Como estas defensas ó vallas eran muy débiles y de escaso valor, se sustituyeron por fuertes y altos muros, aspilleros, con torres ó cubos colocados de trecho en trecho.

Estas murallas estaban protegidas por una obra avanzada, *la barbacana*, construida en la orilla exterior del foso.



Asalto á un grupo de mercaderes

La distribución de la torre, que era siempre el centro de las fortificaciones, era por lo común la siguiente: en cada piso había dos piezas de desiguales dimensiones; las mayores estaban destinadas á servir de sala de honor, comedor, archivo y cámara de los señores; las menores guardaban el tesoro, el guardarropa y las demás dependencias del castillo.

El mobiliario era de una gran sencillez; se componía de unos cuantos bancos con almohadones, unas sillas de tijera, y el sitial del señor; una pesada mesa adherida en el suelo y un aparador distinguían al comedor de las demás habitaciones.

Para guardar la ropa se usaban grandes cofres ó arcones que servían también de bancos.

El alumbrado de estas habitaciones se hacía por medio de antorchas y hachones de cera, que se colocaban en unos hierros fijados en los muros, á los dos lados de la gran chimenea, que no faltaba nunca en las piezas principales.

También, y á manera de araña, se usaba una cruz de hierro ó madera que pendía del techo, y á los extremos de cuyos brazos se colocaban las hachas.

Al pie de la torre, cavada en el suelo, solía encontrarse la prisión señorial, donde eran arrojados los que desplazaban al señor.

Para formarse idea de lo que serían estas maz-

morras, baste saber que algunas de ellas carecían por completo de aire y luz, y no tenían otra abertura que la que servía para descolgar á los infelices condenados, la cual se cubría con una gran tapadera de hierro, una vez que el preso estaba dentro.

En estas tumbas (que así podían considerarse), vivieron por largos años algunos infelices, condenados, no por la ley, sino por el capricho de un hombre.

Sin embargo, eran muy pocos los que debiendo permanecer mucho tiempo en tales prisiones vivían; la mayor parte de ellos morían, ya asfixiados, ya de hambre y miseria.

Los señores feudales, que tenían el derecho de ejecutar alta y baja justicia ⁽¹⁾ en sus dominios, no se limitaban á encarcelar á sus vasallos ó pecheros, sino que con suma frecuencia les aplicaban la pena de muerte ⁽²⁾.

Era, pues, complemento del castillo, la horca, cuyo número de pilares correspondía á la categoría del señor ⁽³⁾, y que estaba siempre en las

(1) *Baja justicia* era la que entendía en las causas que sólo podían ser penadas con una multa. *Alta justicia* era la que podía imponer la pena de muerte.

(2) La facultad de imponer la pena de muerte de que gozaban los señores tenía sólo una limitación muy original y era la siguiente: si estando el sentenciado á punto de ser ahorcado una joven cualquiera consentía en casarse con él, le salvaba la vida.

(3) Las horcas de los duques podían tener ocho pilares; las de los

orillas de los caminos y sobre una altura, para que se viera de lejos.

Como los cuerpos de los ajusticiados permanecían expuestos en la horca, hasta que las aves de rapiña los consumían y desgarraban, este espectáculo horrible, ofrecido á cada momento á los pobres campesinos, llenaba su alma de terror, pues no sabían si un capricho del señor les daría igual suerte el día menos pensado.

El aislamiento en que vivían los señores les hacía caer con frecuencia en el mayor aburrimiento; y como no podían dedicarse al estudio, pues la mayor parte de ellos eran unos ignorantes, se dedicaban con ardor á la caza, á los torneos y á las justas; diversiones que por ser guerreras se avenían con su condición y con el espíritu de la época.

La caza que era tenuta por más noble, era la del ciervo y la del jabalí, para la que se usaban unos chuzos difíciles de manejar, á los que se llamaba *jabalinas*.

Los torneos eran simulacros de combates, que tenían lugar en un palenque ó espacio cerrado por vallas y tribunas.

Detrás de las vallas se agrupaban los villanos, y desde las tribunas presenciaban la fiesta los

condes seis; las de los barones cuatro; las de los señores de un castillo tres ó dos. Las del rey podían tener el número de pilares que el soberano tuviera por conveniente.



Un castillo feudal.

jueces, los nobles ya ancianos, y las damas, que eran las encargadas de premiar á los que eran declarados vencedores por los jueces.

Las armas que se usaban en los torneos no tenían filo ni punta.

Las justas eran combates á lanza, sin punta también.

Colocados los combatientes en un palenque parecido al de los torneos, se embestían lanza en ristre, hasta desarmarse ó romperlas contra los escudos ó armaduras.

La mutua embestida se repetía hasta tres veces si era posible.

También poseían los grandes señores histriones y juglares que ejecutaban danzas y pantomimas mientras aquéllos comían.

La monotonía de la vida feudal era á veces interrumpida por la llegada al castillo de algún trovador.

Los trovadores eran unos poetas que recorrían las mansiones señoriales, cantando al son del laúd canciones caballerescas y amorosas, y la vida y hechos de los grandes paladines.

Su llegada era siempre motivo de alegría para damas y caballeros, que no le dejaban partir sin colmarle de dones.

Como los nobles no acataban tribunal alguno, cuando tenían pendiente alguna cuestión, la resolvían batiéndose en duelo, delante de testigos;

el que quedaba vencedor tenía razón, pues en aquella época se creía que Dios presidía la lucha, y que daba mayor fuerza y aliento al que tenía de su parte el derecho ⁽¹⁾.

2—En los últimos tiempos del imperio romano, los cristianos obtuvieron el permiso de profesar libremente su culto.

Entonces organizaron su iglesia: cada división administrativa tuvo un obispo que residía en la capital de la misma, y gobernaba á los fieles de su *diócesis*, nombre que se daba al territorio sometido á su dominio espiritual.

Con varios de estos obispados se constituyeron provincias eclesiásticas, que fueron gobernadas por un *arzobispo* ó *metropolitano*. Por encima de todos estaba el obispo de *Roma*, sucesor del apóstol Pedro; el *Papa*, jefe supremo de la iglesia.

Para tratar de los asuntos referentes al interés de la religión, se reunían asambleas ó *concilios*, que empezaron siendo provinciales y terminaron por ser *ecuménicos* ó universales.

El primero de estos se reunió en *Nicea*; y redactó la profesión de fe de la iglesia católica, que aún se lee ó canta en la misa todos los domingos.

Con la invasión de los bárbaros, la organización de la iglesia quedó estacionaria, pero cuando

(1) A los villanos y á las mujeres no se les permitía batirse en duelo, pero se les sometía al juicio de Dios.

estos se convirtieron al cristianismo, la obra continuó.

Desde entonces la influencia del clero fué en aumento, los soberanos y los señores fundaron nuevas iglesias y monasterios, y los obispos recibieron la inmunidad, es decir, el derecho de gobernar sus tierras como príncipes soberanos.

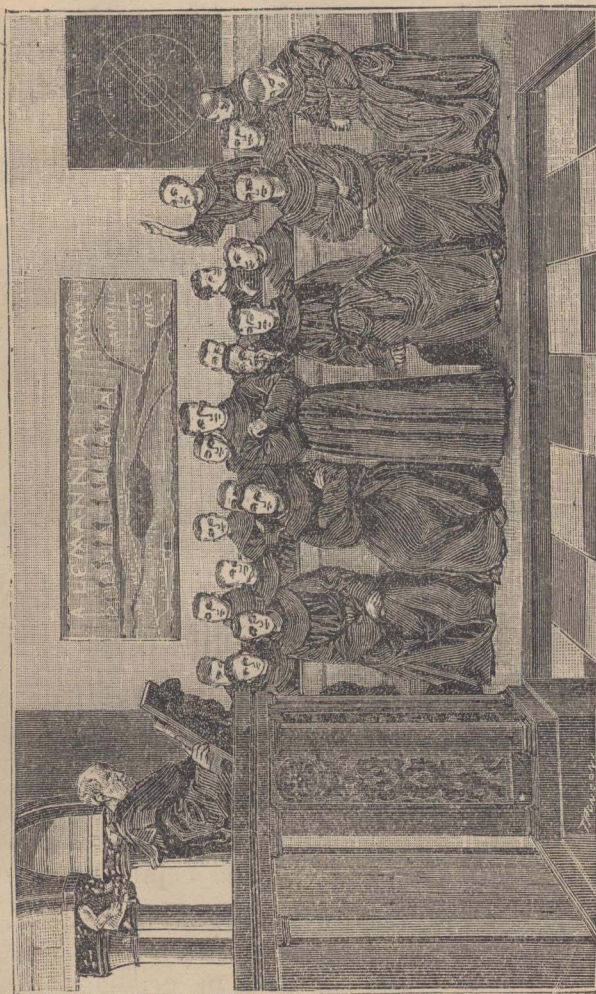
Los monjes prestaron grandes servicios á la civilización, pudiendo decirse que las escuelas establecidas en los monasterios reasumieron la vida intelectual de aquellos tiempos.

Todos los que tenían amor al estudio, buscaban un abrigo en el claustro, donde encontraban la paz y la serenidad de espíritu necesarias para entregarse á los trabajos intelectuales.

En aquella época guerrera, en que los más altos señores tenían por única ocupación meritoria el ejercicio de las armas, los monjes recogieron todos los restos de la civilización antigua, libros sobre todo, y prepararon los elementos que más tarde produjeron el renacimiento de las letras y de las artes.

Los monasterios tuvieron en su mayor parte un privilegio muy humano, que servía para templar el derecho inicuo que tenían los señores de condenar sin más ley que su voluntad y capricho.

Este privilegio fué el *derecho de asilo*, en vir-



Escuela conventual.

tud del cual, todo hombre perseguido por la justicia que se refugiaba en una iglesia privilegiada, era inviolable, y no podía ser preso sino en el caso que el abad resolviera devolverlo, cosa que no sucedía casi nunca, puesto que si el perseguido era un inocente, los religiosos creían cumplir una obra de misericordia sustrayéndolo á la acción de sus perseguidores; y si era un criminal, juzgaban necesario emplear todos sus esfuerzos para conseguir su arrepentimiento, salvando así su alma.

El clero, por lo mismo que era instruido y rico, tuvo pronto grande ascendiente sobre los seglares.

Aumentaron su fuerza y prestigio *la administración de los Sacramentos*, de los que nadie podía prescindir, porque entonces no había incrédulos, y el hombre de más bríos temblaba ante la imagen de su perdición eterna.

Si en alguna ocasión un laico desobececia á la iglesia, ó maltrataba á la religión, no tardaba en someterse á las más ásperas penitencias para conseguir que se le absolviese.

Contra los rebeldes y los obstinados empleaba la iglesia la *excomunión*, arma espiritual de seguro y terrible efecto.

El excomulgado era arrojado del seno de la iglesia que le maldecía; ningún cristiano podía



Derecho de asilo.

hablarle ni auxiliarle, y se le negaba sepultura sagrada.

3—Durante muchos años después del establecimiento de los germanos en el territorio romano, no hubo en *Europa* sino pequeñas villas ó centros de población.

Sus habitantes, á pesar de las trabas feudales, lograron á fuerza de paciencia y perseverancia, acumular riquezas y tener mucho dinero.

Como los señores se hacían cada día más fastuosos, andaban siempre escasos de recursos, por cuyo motivo vendieron algunos de ellos á los habitantes de una villa, y á cambio de sumas más ó menos importantes, el derecho de gobernarse por sí mismos.

Las villas se convirtieron en *cómunas* y sus habitantes en burgueses, clase que fué llamada media, y que tuvo grande influencia en los destinos de la sociedad.

4—Estas ciudades crecieron en importancia y poder, y como su interés era contrario al de los señores, apoyaron al rey, que á cambio de este apoyo les concedió mercedes y aumentó sus libertades.

Esta alianza que aumentaba el poder de la corona, disminuyó notablemente el de los nobles.

La idea de patria se hizo más fuerte en la conciencia de los pueblos, y los reyes, para go-

bernar, tuvieron necesidad de convocar las cortes ó estados generales, en los cuales había representantes de los tres brazos ó clases de la nación: la nobleza, el clero y la burguesía ó tercer estado.



EDAD MODERNA

Los grandes descubrimientos.—Establecimiento del poder absoluto.—Organización de la iglesia.—La reforma religiosa.

1—Con la disminución de la autoridad de los señores feudales y los progresos de la burguesía, coincidieron un gran número de invenciones y descubrimientos que cambiaron el modo de ser de la sociedad humana.

La pólvora con que se cargan los fusiles y los cañones fué inventada por un fraile alemán, y consiste en una mezcla de carbón, azufre y salitre.

Durante mucho tiempo no tuvo aplicación práctica en el arte de la guerra, pues los cañones tardaron mucho en perfeccionarse.

Cuando este caso llegó, pudo decirse que los nobles habian perdido su poder, mientras que el del rey *se hizo irresistible* porque solo él era bastante rico para poseer una artillería y los castillos no resistían á los cañonazos.

Los primeros navegantes, no se atrevían á se-

pararse mucho de las costas, porque si se alejaban de ellas no tenían más guías, para dirigir su rumbo, que el sol y la estrella polar; pero como acontece con harta frecuencia que las nubes ocultan al sol, y como muchas noches son oscuras, cuando esto sucedía, no podían gobernar la nave que fácilmente se extraviaba ó perdía.

Flavio Gioja, piloto napolitano, procurando evitar ese riesgo, inventó un aparato, llamado Brújula, compuesto de una aguja imantada sostenida sobre un eje de acero, levantado en el centro de una caja cuya parte superior es de vidrio. La aguja del instrumento señala siempre el *Norte* y sirve para dirigir la proa de los buques hacia el lugar adonde se quieren conducir.

Los españoles se sirvieron de ella para descubrir el Nuevo Mundo y los portugueses la utilizaron para buscar por el Este el camino de la *India*, para conseguir los productos de dicha región, que los árabes vendían á precios enormes.

Como el *África* les cerraba el paso, la fueron costeanado y consiguieron llegar al cabo de las Tormentas, que se suponía guardado por un gigante llamado Adamastor.

Vasco de Gama lo dobló, llegando á la *Indo-China*, á las islas *Molucas*, á la *China* y al *Japón*.

Un marino genovés, Cristóbal Colón, tuvo la idea de llegar á la *India* haciendo el camino por el Oeste.

Después de muchos contratiempos y de pedir ayuda en vano á varias naciones, la obtuvo de Isabel la Católica, reina de *Castilla*.

No llegó adonde se proponía, pero en cambio descubrió la *América*, completando el planeta.

Algún tiempo más tarde, *Magallanes* descubrió el *Pacífico*, y uno de sus buques, la *Santa Victoria*, volvió á *Europa* después de haber navegado constantemente hacia el Oeste, desmostrando así que la tierra era redonda.

Los árabes introdujeron en *Europa* el arte de fabricar el papel. Este invento, al parecer tan pequeño, tuvo inmenso alcance, pues siendo el papel mucho más barato que el pergamino, facilitó á la imprenta, á buen precio, una materia de la que no podía prescindir.

Antes solo se tenían manuscritos, es decir, libros enteramente escritos á mano.

Eran tan caros, que el que lograba poseer alguno, lo encerraba en una caja ó lo aseguraba por medio de una cadena al atril confeccionado para su lectura.

El enorme precio de los libros, que solo estaban al alcance de los ricos, constituía un grande obstáculo para los pobres que deseaban instruirse.

Esta dificultad cesó con el descubrimiento de la imprenta, realizado por el alemán Juan Gutenberg.

A su muerte, los obreros que habían trabajado bajo sus órdenes se dispersaron por toda *Europa*, llevando á todas partes el conocimiento de tan importante invento.

Por medio de la imprenta se reprodujeron y vendieron á bajo precio las obras de los sabios griegos y latinos.

Entonces se dijo que la antigüedad *renacía* y dióse á aquellos tiempos el nombre de época del Renacimiento de las letras.

Después de los libros renacieron las artes y las ciencias.

El renacimiento dió nuevo y poderoso impulso á la vida intelectual: un pintor flamenco inventó la pintura al aceite, y los artistas italianos se dedicaron á copiar y á imitar los monumentos y las estatuas de los griegos y de los romanos, favorecidos y alentados por varios príncipes amantes del arte, muy especialmente por el Papa León X y por Cosme de Médicis, duque de *Florenzia*.

Los más ilustres pintores italianos fueron: *Leonardo de Vinci*, *Rafael*, el *Ticiano*, *Pablo Veronese* y *Carraccio*.

En escultura tuvieron dos maestros insignes: *Miguel Angel* y *Donatello*.

Miguel Angel concluyó la iglesia de San Pedro, que había empezado el famoso arquitecto *Bramante*.

El ejemplo de la *Italia* se propagó por todas

las naciones, que tuvieron su renacimiento, y dieron al mundo artistas insignes y obras de arte inmortales.

Al renacimiento artistico-literario acompañó el científico. Un belga, *Andrés Vessal*, creó la *Anatomía*, y *Copérnico* descubrió que la tierra gira alrededor del sol, dando con este hecho nuevo carácter y alcance á la *astronomía*.

Estos progresos artísticos y científicos, aumentando la cultura general, hicieron menos duras las costumbres, más justas las leyes y empujaron á la humanidad hasta conducirla á su estado presente.

3—La causa real, que se había fortalecido con la ayuda de las comunas, cuando vió disminuido el poder de los señores, y cuando estuvo en posesión de la artillería, declaró que nadie más que la corona podía tener á su servicio fuerza armada, con cuyo decreto dió el último golpe al poder bamboleante de la nobleza.

Una vez vencido el feudalismo, y seguro de sus fuerzas, empezaron á hostilizar á las ciudades que los habían ayudado á engrandecerse, y después de varias alternativas acabaron por prescindir de las Cortes ó estados generales.

En varias naciones intentó el brazo popular contener el avance de los soberanos; pero éstos, ayudados por el ejército y por los nobles, ven-

cieron siempre, y establecieron su poder absoluto, sin limitaciones de ninguna especie.

4—Durante la Edad Media, todos los cristianos fueron católicos, es decir, obedientes al Papa y á los obispos, cuya autoridad era inmensa é indiscutible.

Un monje de *Witemberg*, Martín Lutero, se rebeló contra el Pontífice, dividiendo con su prédica á la *Europa* en dos campos contrarios.

Escocia, *Suecia*, *Inglaterra* y *Suiza*, como asimismo una gran parte de la *Alemania*, se declararon por la reforma; las demás naciones permanecieron fieles á la Iglesia.

El cisma de *Lutero* produjo guerras enconadísimas que durante largos años ensangrentaron la *Europa*.



INDICE

	<u>Pág.</u>
TIEMPOS PREHISTÓRICOS Y SIGNOS QUE LOS REVELAN....	5
COSTUMBRES, RELIGIÓN, GOBIERNO Y CULTURA DE LOS PUE- BLOS ANTIGUOS—EL EGIPTO.....	13
ESPARTA	22
ATENAS	34
ROMA.....	48
ADVENIMIENTO Y DIFUSIÓN DEL CRISTIANISMO—Heroísmo de los mártires cristianos.....	61
LOS BÁRBAROS Y SUS INVASIONES.....	68
EDAD MEDIA—La sociedad feudal—Organización de la Iglesia—Aparición de la clase media—Crecimiento del poder real.....	75
EDAD MODERNA—Los grandes descubrimientos—Esta- blecimiento del poder absoluto—Organización de la Iglesia—La reforma religiosa.....	92

